

CONTENIDO

1	“Te comerán los coyotes”	1
2	La prueba de las tortillas	5
3	Cerdos, chiflidos, y problemas	11
4	Aullidos en la noche	21
5	El vendedor de miel	29
6	Cuentos de tornados	33
7	El accidente con la leche	37
8	Doña Mefiboset	41
9	La pepena de maíz	47
10	Desaparece Coqueta	51
11	“¡Fuego!”	55
12	Lalita	61
13	El queso	69
14	Más gallinas desaparecidas	77
15	La visita de Heber	83
16	Verdaderos ladrones	89
17	Más misterios	93
18	No te preocupes	99

19	El recorrido del queso	103
20	Frijoles, frijoles y más frijoles	109
21	Problemas de orgullo	113
22	La tercera vuelta	119
23	¿Quién martilla más rápido?	125
24	Una noche intranquila	129
25	Un conflicto en los columpios	133
26	Demasiadas tortillas	137
27	La indiecita	141
28	Carne de víbora	147
29	El curioso cinturón	153
30	¡Inundación!	157
31	Culto en la casa del tío Fred	163
32	Don Salomón	167
33	Un día lleno de decepciones	173
34	Las sobras detrás del fregadero	179
35	Los bichos y la obediencia	185
36	Perseguidor perseguido	189
37	La venta de elotes	195
38	“Somos ricos”	199
	Nota para los padres	203



Capítulo 1

“TE COMERÁN LOS COYOTES”

—Papá, llegó Lupe, ¡y vino con su hijo también! —gritó Keith de siete años, corriendo adentro del taller, su rostro bronceado por el ardiente sol de México.

—Seguramente quiere comprar un poco de queso —respondió su papá con pausa.

—¡Queso! —exclamó Lupe sin bajarse de la camioneta—. ¿Usted vende queso?

—Sí, señor —dijo el papá, bajando la azada cuyo mango estaba cambiando, y se acercó a Lupe.

—¿Cuánto el kilo? —preguntó Lupe, saliendo de la camioneta y dándole un gran mordisco a una barra de caramelo. El hijito de Lupe saltó de su asiento y siguió a su papá.

—Sesenta y cinco —informó el papá mientras los guiaba a su quesería en un rincón del taller.

—A sus niños les gustaría tener un perro, ¿verdad? —dijo Lupe de repente—. He traído uno que ellos pueden guardarse.

—¿Oíste eso, James? —dijo Keith codeando a su hermano de diez años que estaba agachado en el suelo, tratando de inventar una trampa de liebres.

James lo miró y asintió con la cabeza, sus ojos brillando de entusiasmo.

—Pues, echémosle un vistazo antes de pesar el queso — propuso el papá a Lupe.

James y Keith corrieron a la camioneta de Lupe, incapaces de ocultar su entusiasmo. Allí, en la caja de la camioneta, bostezaba y se estiraba una perra de color pardo. Cuando vio a los niños, se levantó y lamió la mano que le extendía Keith.

—Pueden guardársela —insistió Lupe al papá cuando lo vio indeciso—. Tenemos demasiados perros en casa, y yo sabía que tus niños deseaban tener uno.

—Bien, acepto. Muchas gracias.

James y Keith se sonrieron contentos, y no perdieron un segundo en darle la bienvenida.

—¡Por aquí, perrita! Salta por aquí —la alentaba Keith. Después la palmeó y acarició su suave pelaje—. ¡Justo lo que queríamos! Llévemola al pajar cuando terminemos con nuestro trabajo aquí, y veamos si puede cazar ratones.

El papá pesaba cuidadosamente el queso, mientras Lupe, como siempre muy risueño, contaba un cuento tras otro, cada tanto estallando en carcajadas que resonaban por el taller.

James y Keith se quedaron afuera junto a la puerta, acariciando su nuevo perro. Observaban ansiosos como Lupe se detenía de vez en cuando para beber de su Coca. Siempre parecía tener una lata de Coca en la mano, y frecuentemente una barra de caramelo.

—Deme un pedazo —pidió quejoso el hijo de Lupe, acercando la mano a la rueda de queso que llevaba su papá.

—Ahora no —respondió Lupe bruscamente.

—¡Ahora sí! ¡Yo quiero un queso ya, ahora! —insistió el niño haciendo pucheritos.

—Oye, cuando lleguemos a casa podrás probar un poco de queso —respondió Lupe con impaciencia.

—¡No! ¡Ahora! —el niño se puso muy disgustado, y como Lupe no le prestaba atención, se arrojó al suelo y comenzó a llorar fuertemente—. ¡Yo quiero queso, yo quiero queso!

James y Keith observaban en silencio. Dándose vuelta, Lupe miró a su hijo y lo amenazó:

—¡Cállate, porque si no, a la noche te tiro afuera, y te comerán los coyotes!

Keith contuvo un gemido de sorpresa, y miró al rostro del niño. Se imaginó que dejaría de llorar al instante, pero siguió gritando como si nunca hubiera oído a su padre.

Keith se sentía inquieto. ¿En serio que abandonaría Lupe a su hijo afuera en la oscuridad? ¿Era verdad que los coyotes comían niños? Esto lo hacía estremecer.

Al fin, Lupe alzó a su hijo alborotado con un brazo, mientras llevaba el queso con el otro, y salió decididamente hacia su camioneta.

—Papá, ¿oyó lo que Lupe dijo que iba a hacerle a su hijo? ¿Es verdad que lo tirará afuera a los coyotes esta noche?

—No —respondió el papá—. Sólo lo quiso asustar para que dejara de llorar.

—Era mentira entonces —exclamó Keith.

—Claro que lo era —asintió su papá.

—¿Pero por qué no dejó de llorar? Si usted me diría algo así, yo estaría todo asustado. Se me irían las ganas de llorar — Keith temblaba al pensarlo.

—El hijo de Lupe no dejaba de llorar, porque sabía que su papá no lo decía en serio —explicó el papá.

—¡Limonada! —anunció una voz risueña. Era Karina que entró brincando, sus dos trencitas sacudiéndose al compás, y su sonrisa formando hoyuelos en los cachetes. Entregó el jarrón de limonada fría a su papá, y preguntó sorprendida:

—¿De dónde vino este perro?

—¡Es nuestro! Lupe nos lo regaló —declaró Keith rápidamente.

—¿No te cae bien? —le preguntó James.

—No parece muy inteligente, pero con tal que no fastidie a Daisy, a Coqueta, y a Mefiboset, seguro que estará bien.

—Tus gatos pueden arreglárselas por sí solos —Keith soltó una risotada. Karina defendía a sus gatos como una gallina a sus polluelos.

—De todas maneras, esta perra es muy inteligente. Se le nota en los ojos —declaró James fielmente.

—Bueno, tal vez. Pero yo pienso que se parece igual a un... bueno, ¡a un cacahuete! —dijo Karina riéndose—. ¿Por qué no le llamamos Maní? James y Keith se miraron uno al otro. Karina era la hermana del medio, entre ambos hermanos, pero siempre se hacía la mamita; aunque ellos generalmente aceptaban sus consejos. Además, era una afición propia de Karina inventar nombres para todas las cosas, desde los animales hasta los árboles de la granja.

—Me da lo mismo —dijo James encogiéndose de hombros.

—Hora de hacer sus tareas, niños —interrumpió el papá—. Envié a Wayne con el machete a cortar un poco de maíz para las vacas, y pronto necesitará ayuda para alimentarlas y ordeñarlas.

—¡Ven, Maní! —gritó Keith—. ¡Vamos a buscar a Wayne!

Wayne, de quince años, era el hijo mayor de la familia Martin, y héroe de Keith.

—Ojalá yo pudiera ayudar con las tareas del establo—suspiró Karina toda melancólica—, pero Mamá quiere que ayude a Luanda a hacer tortillas para la cena.

—Anda. Ve a ayudar a tu hermana, Karina. Habrá muchas oportunidades de jugar con Maní más tarde —aseguró su papá mientras salía por la puerta.